

Finalmente, y de manera menos específica, debe considerarse el marco de referencia político y social más amplio en el cual se desenvuelve toda la vida económica. Aquí cabe aludir a la naturaleza y eficacia respectivas del capitalismo, de la libre empresa, del estado de bienestar, del socialismo y del comunismo. Con respecto a estas cuestiones, según puede observarse, la economía experimenta una modificación radical. Deja de constituir un tema desapasionado, supuestamente científico, para convertirse en el teatro de agrias polémicas. El investigador más imparcial, el directivo más rabiosamente pragmático, o el político menos propenso a cualquier proceso intelectual elitista, todos reaccionan con una pasión visible e incluso violenta. Este tipo de reacción es el que procurará evitar esta obra.

Todos estos problemas, las soluciones propuestas y los cursos de atención pública o privada que se preconizan, constituyen el tema de la historia del pensamiento económico. Obvio es decir que el punto de partida obligado para cualquier estudio de dicha historia se encuentra en el mundo clásico.

Solilla 2

## II. DESPUÉS DE ADÁN

Puede ocurrir en cualquier período determinado una ausencia de respuestas a los interrogantes del capítulo anterior porque el pensamiento económico no ha alcanzado el grado de sutileza requerido. También puede suceder que la ausencia de respuestas obedezca a que los interrogantes aún no se han formulado. Con ilustres excepciones, la mayoría de los historiadores de la teoría económica han atribuido la falta de respuestas a la primera de esas deficiencias. Corresponde atribuirle un papel más importante a la segunda.

En tiempos de las *polis* griegas y del imperio ateniense y luego en la época romana, muchos, si no la inmensa mayoría de los problemas mencionados, no existían siquiera. La actividad económica básica era tanto en Grecia como en Roma la agricultura, la unidad de producción era el hogar, y la fuerza de trabajo era los esclavos. La vida intelectual, política y cultural, y en buena medida la vida residencial, se concentraban en las ciudades, y por eso la historia de aquel período es la historia de los centros urbanos: Esparta, Corinto, Atenas y, sobre todo, Roma. Pero las ciudades de la antigüedad, grandes o, como solían serlo, bastantes pequeñas, con excepción de Roma y de unas pocas urbes italianas, no eran centros económicos en su significado actual. *Había* mercados y artesanos, en su mayoría esclavos, pero poca actividad industrial en el sentido que hoy se atribuye al término.<sup>1</sup>

El uso o consumo de bienes —viviendas elementales, alimentos básicos, tal vez ciertas bebidas elaboradas, algunos tejidos y poco más— era infinitesimal, salvo para una reducida minoría gobernante. Y para esta minoría, el principal consumo consistía en

1. David Hume no podía «recordar un solo pasaje, en ningún autor antiguo, en donde se atribuyera el crecimiento de una ciudad al establecimiento de una manufactura». Citado en M. I. Finley, *The Ancient Economy* (Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1973), pág. 22.

servicios —una vez más, provistos por los esclavos—. Las economías de Grecia y de Roma en la antigüedad, indiscutiblemente, no eran en modo alguno economías de bienes de consumo.

No se tiene noción exacta de la forma en que los habitantes de las ciudades griegas e italianas, incluida Roma, pagaban las provisiones alimenticias y el vino que obtenían del mundo rural. La gran mayoría de los bienes materiales se compraban probablemente con las rentas o las exacciones de las cuales se beneficiaban los terratenientes absentistas que vivían en las ciudades, cuyo producto se utilizaba a su vez para pagar los productos agrícolas. Puede suponerse también que en algunos casos los pagos a los residentes de las ciudades se efectuaban simplemente en especie. O quizá, que percibían sus ingresos en forma de impuestos, susceptibles de ser utilizados a su vez para pagar los productos. Y las minas de plata proporcionaban ingresos a Atenas, así como el tributo militar se los facilitaba a Roma. Es cierto que los cereales y otros productos llegaban en grandes cantidades a los puertos de El Pireo y de Ostia, pero se desconoce qué productos se exportaban a cambio.<sup>2</sup>

El examen de las cuestiones económicas de esta época figura principalmente en los escritos de Aristóteles (384-322 a.C.) y por cierto que no proporciona muchos elementos de juicio. Nadie puede leer sus obras sin sospechar secretamente algún grado de elocuente incoherencia en materia económica. «Secretamente», porque siendo Aristóteles el autor, nadie se arriesgaría a sugerir algo semejante. También es verdad que muy pocas de las cuestiones que luego se constituyeron en materia económica podían haber sido aplicables a la sociedad de la que hablaba Aristóteles. Los problemas que ocuparon su atención —para él, inexplicables—, tenían un notable acento ético. Como dijo Alexander Gray, distinguido estudioso de la historia de las ideas económicas, «la economía [en la Grecia antigua] no fue simplemente colaboradora y criada de la ética [como quizá debería serlo siempre], sino que fue aplastada y demolida por su hermana más próspera y mimada, y los excavadores posteriores, en busca de los orígenes de la teoría económica,

2. Véase al respecto Finley, *The Ancient Economy*, págs. 123-149. El profesor Finley, autor tan cauto como persuasivo en estas cuestiones, fue catedrático de historia antigua en la Universidad de Cambridge de 1970 a 1979.

sólo han podido recuperar fragmentos inconexos y restos mutilados».<sup>3</sup>

Dejando de lado el carácter elemental de la vida económica, la razón más importante de que en el mundo antiguo se atendiera a las cuestiones éticas, desechando las económicas, es la existencia de la esclavitud. «En todas las épocas, y en todos los lugares, el mundo griego se basó en alguna forma [o formas] de trabajo dependiente para satisfacer sus necesidades, tanto públicas como privadas... Por trabajo dependiente entiendo la labor ejecutada bajo compulsiones distintas de las vinculadas con el parentesco o con las obligaciones comunales.»<sup>4</sup> Como el trabajo no era remunerado, es obvio que no había necesidad alguna de un criterio para determinar el monto de los salarios. Esto ocurría no sólo en Atenas, sino en todas las ciudades helénicas. Dado que el trabajo era hecho por esclavos, se le asignaba una categoría subalterna que contribuía a excluirlo del campo de los estudios. En cambio, llegó a resultar de interés la justificación ética de la esclavitud, al igual que las características del tratamiento que se daba a los esclavos, como puede observarse en la defensa aristotélica de la institución: «Los de más baja índole son esclavos por naturaleza, y ello redundaría en su beneficio, pues como a todos los inferiores, les conviene estar bajo el dominio de un amo... En verdad, no hay gran diferencia entre la utilización de los esclavos y la de los animales domesticados.»<sup>5</sup>

El problema era similar con respecto al interés en ausencia de capital. La gente toma dinero prestado y paga intereses por dos ra-

3. Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres, Longmans, Green, 1948), pág. 14. Gray fue durante muchos años profesor de economía política en la Universidad de Edimburgo.

Los pensamientos de Aristóteles en materia económica están ordenadamente expuestos en *Early Economic Thought*, antología coordinada por A. E. Monroe (Cambridge, Harvard University Press, 1924), de la cual no se encuentran fácilmente ejemplares en la actualidad.

4. M. I. Finley, *Economy and Society in Ancient Greece*, edición de Brent D. Shaw y Richard P. Saller (Nueva York, Viking Press, 1982), pág. 97.

5. Aristóteles, *Política*, Libro I, en *Early Economic Thought*, pág. 10. Aristóteles añade: «Es pues evidente que algunos hombres son por naturaleza libres, y otros esclavos, y que para estos últimos la esclavitud es a la vez conveniente y justa.» Puede observarse que abrigaba la misma certeza con respecto a las mujeres: «Una vez más, el varón es por naturaleza superior, y la hembra, inferior; y mientras que uno domina, la otra es dominada; este principio, necesariamente, se extiende a toda la humanidad.» *Ibid.* Si Aristóteles retornara para dictar cátedra o para recibir un grado honorario en alguna universidad moderna, difícilmente se le otorgaría una bienvenida unánime.

zones. O bien desea poseer bienes de capital o capital circulante con el cual obtener un rendimiento, es decir, contar con máquinas y equipos que contribuyan a la afluencia de ingresos o con mercancías en proceso de fabricación y venta que han de proporcionarles beneficios. O, en otro caso, esa gente paga intereses porque alguien que tiene menos dinero lo toma prestado de alguien que tiene más, para satisfacer distintas necesidades personales urgentes, para permitirse lujos o para pagar las deudas contraídas por ese motivo. Si los bienes de capital y el circulante son de poca importancia visible en la economía, como sucedió en el sistema de economía doméstica de la Grecia aristotélica, ocurre que la mayor parte de los préstamos se otorgan y se contraen para satisfacer fines de la segunda categoría, o sea, para necesidades personales.<sup>6</sup> En tales circunstancias, el interés no se considera como un coste de la producción, sino más bien como un gravamen que los más favorecidos imponen a los menos afortunados o menos prudentes. De modo que una vez más, como en el caso de la esclavitud, se plantea un problema de ética, a saber, qué es lo correcto, justo y decente en materia de relaciones entre los que poseen amplios recursos financieros y los débiles o necesitados.

No es de extrañar que Aristóteles condenara enérgicamente el cobro de interés: «La forma más odiada [de lucro] y con toda razón, es la usura... Pues la moneda se ha hecho para el intercambio, pero no para la acumulación mediante el interés.»<sup>7</sup> Por esa misma razón —es decir, porque el interés representaba una indigna extorsión de los menos afortunados basada en la posesión de dinero por los más pudientes— siguió siendo condenado de manera inequívoca durante la Edad Media. Hay aquí un matiz que luego adquiriría una mayor importancia: el interés sólo llega a adquirir respetabilidad cuando se lo define en otros términos, o sea, como pago por un capital productivo; cuando resulta del todo evidente que quien toma el préstamo lo utiliza para ganar dinero, y que por ello es muy justo que dé alguna participación de sus beneficios al prestamista original. A partir de ese momento ya no resultó excepcional que el precepto religioso y la ética dominante se ajustaran a esta circunstancia. En cambio, el cobro de intereses por préstamos destinados a satisfacer necesidades personales,

interés

interés  
ARISTÓTELES

6. «Es indudable que los préstamos en Grecia se otorgaban con fines no productivos.» Finley, *The Ancient Economy*, pág. 141.

7. Aristóteles, *Política*, Libro I, en *Early Economic Thought*, pág. 20.

o al uso individual, continuó siendo objeto de una reputación ligeramente malsana, y hasta sospechosa. En esto, el pasado remoto tiene todavía un eco en la actualidad, pues el interés cobrado por préstamos personales no está exento de cierto oprobio, considerándose que debe ser reglamentado. El usurero es repudiado, y se supone, por lo general no sin motivo, que alienta una reprensible tendencia a la asociación delictiva.

Dado que en el mundo antiguo no existían salarios ni intereses, tampoco podía haber una teoría de los precios tal como hoy se la concibe. Los precios derivan, de una u otra forma, de los costes de producción, y éstos carecían de función visible para los propietarios de esclavos. En consecuencia, lo único que pudo preguntarse Aristóteles fue si los precios eran justos o equitativos, preocupación que sería el meollo del pensamiento económico en los dos siguientes milenios y que representa el nudo gordiano del interrogante aún vigente en nuestros días: ¿es ése realmente un precio justo? Nada ha ocupado tanto la atención de la doctrina económica durante siglos como la necesidad de persuadir a la gente de que el precio de mercado tiene una justificación superior a cualquier preocupación ética. A esta cuestión volveré a referirme más adelante.

Aristóteles también prestó atención a otro problema de proyección ética que continuaría luego preocupando a los economistas: ¿Por qué algunas de las cosas más útiles son las que tienen los precios más bajos en el mercado, mientras que algunas de las menos útiles se cotizan a precios muy elevados? Ya muy entrado el siglo XIX, los autores económicos habrían de continuar todavía lidiando con el motivo de la diferencia entre el valor de uso y el valor de cambio: por ejemplo, con el hecho de que el pan y el agua potable sean útiles y relativamente baratos, mientras que las sedas y los diamantes son mucho menos útiles y desde luego mucho más caros. Con seguridad que en este aspecto hay, o había, algo éticamente perverso.

Se consideraría un gran progreso de la teoría económica el momento en que finalmente encontrara solución este problema.

En lo que se refiere al desarrollo comercial, Aristóteles, precursor distante de la preocupación por el crecimiento económico, se limitó, como los romanos que le sucedieron, a formular sugerencias sobre mejoras en materia de organización y prácticas agrícolas. Y al igual que los romanos, atribuyó gran superioridad moral

a la economía agraria, opinión que hallaría fuerte eco en los economistas franceses del siglo XVIII y que sigue vigente aún hoy entre los agricultores.

En cuanto a la moneda en sus formas y usos más elementales, no es mucho lo que puede decirse. Se trata de una mercancía que por su divisibilidad, durabilidad, disponibilidad adecuada pero no ilimitada, y, en consecuencia, por su aceptabilidad, ocupa un papel intermediario en el intercambio. Este papel ha sido desempeñado por el oro, la plata, el cobre, el hierro, algunas conchas marinas, el tabaco,<sup>8</sup> el ganado y el whisky, así como el papel moneda y los depósitos bancarios. Cuando una mercancía se utiliza como dinero adquiere cierta personalidad, carácter místico y escasez, y su precio —es decir, las cantidades o volúmenes de otras mercancías que deben cederse para obtenerla— se convierte en un problema especial. Cuando la mercancía es sustituida por elementos puramente representativos, como el papel moneda o los depósitos bancarios, adquiere cierto aire de misteriosa gravedad aquello que determina el valor del dinero, o sea, en lenguaje ordinario, el nivel general de precios determinado por el valor del dinero. En la época de Aristóteles, cuando corría el siglo IV a.C., ya hacía mucho tiempo que se acuñaba moneda en Grecia, y ya un siglo antes Herodoto (c. 484-425 a.C.) había pronunciado su soberbio *non sequitur* sobre esta cuestión: «Los lidios se gobiernan por unas leyes muy parecidas a las de los griegos, a excepción de la costumbre que hemos referido hablando de sus hijas [la prostitución consuetudinaria]. Ellos fueron, al menos que sepamos, los primeros que acuñaron para el uso público la moneda de oro y plata.»<sup>9</sup> Aristóteles describe los orígenes del dinero con admirable claridad y concisión, observando que:

8. En la economía de Estados Unidos ha sido el tabaco, entre todas estas mercancías, la que hasta ahora desempeñó el papel más generalizado. Se utilizó en las colonias del Sur durante cerca de siglo y medio, superando así holgadamente los periodos de preeminencia del oro, de la plata, del papel moneda y de los depósitos bancarios en tiempos modernos. Véase mi obra *Money: Whence it Came, Where it Went* (Boston, Houghton Mifflin, 1975), págs. 48-50. En lo que respecta al dinero, ha subsistido un fuerte instinto arcaico que arguye siempre en favor de un retorno a usos anteriores, particularmente, en épocas pasadas, al uso de la plata y en tiempos recientes al del oro. Tal vez un día, acaudillada por un senador vigorosamente regresivo de Carolina del Norte, se suscite una demanda en favor de un retorno al patrón tabaco.

9. Herodoto, *Los nueve libros de la historia*, traducción de Bartolomé Pou (Madrid, Perlado, 1905), Tomo I, Libro I, pág. 73. Es más que probable que la moneda acuñada haya estado ya en uso en la llanura del Indo, y en todo lo que se refiere al dinero, incluido el papel moneda, puede suponerse todavía con mayor fundamento que la prioridad corresponde a los chinos.

las distintas transacciones de la vida no se llevan a cabo con facilidad, motivo por el cual los hombres han convenido en emplear para sus tratos recíprocos algún elemento intrínsecamente útil y de fácil aplicación a los fines referidos, como, por ejemplo, el hierro, la plata o alguna substancia similar. El valor de estos elementos se medía inicialmente por el tamaño y el peso, pero con el tiempo se llegó a ponerles un sello, para evitarse la molestia de pesarlos y de marcar su valor.<sup>10</sup>

Habiendo identificado la naturaleza de la moneda y de la acuñación, Aristóteles pasa a considerar el lucro, que en su forma pura le parece aborrecible: «Hay hombres que convierten cualquier cualidad o cualquier arte en un medio de hacer dinero; lo toman por un fin en sí, y creen que todo debe contribuir a alcanzarlo.»<sup>11</sup> Lo mismo que en el caso de la definición de la usura, esta observación de Aristóteles ha conservado su exactitud a lo largo de los siglos. Un gran ejemplo moderno de su tesis lo constituye, indudablemente, el joven operador financiero que dedica todos sus esfuerzos personales y toda su conciencia al lucro pecuniario y que mide por los resultados su logro personal. Quizá convendría que en Wall Street aún se leyera a Aristóteles.

Empero, cuando prosigue con perceptible esfuerzo su análisis del asunto y se propone distinguir entre las formas legítimas e ilegítimas de lucro, no es mucho lo que puede enseñarnos. Al llegar a este punto debemos arriesgarnos a encarar la imperdonable verdad de que su contribución no tiene mucho sentido.

Los estudiosos que no han quedado satisfechos con la aportación de Aristóteles al tema de la economía ateniense han optado por Jenofonte (c. 440-355 a.C.), discípulo de Sócrates y hombre de inclinaciones prácticas, quien, largo tiempo después de su campaña al servicio de Ciro el Joven y tras haberla relatado de manera inmortal en la *Anabasis*, se dedicó durante un breve período a la

10. Aristóteles, *Política*, Libro I, en *Early Economic Thought*, pág. 17. Aristóteles menciona la plata, pero no el oro. Durante toda la larga historia del dinero, la plata ha sido de lejos el más importante de los dos metales. Con plata se pagó la entrega de Jesús a las autoridades locales; la plata, y no el oro, fue el gran tesoro del Nuevo Mundo; el oro fue adoptado por la comunidad mercantil europea como medio internacional sólo en el decenio de 1870. La plata dejó de ser acuñada libremente en Estados Unidos en 1873, ocasionando una polémica que dominó la política norteamericana (y la oratoria de William Jennings Bryan) durante todo el cuarto de siglo siguiente.

11. Aristóteles, *Política*, Libro I, en *Early Economic Thought*, pág. 19.

economía. En su *Ciropedia*, anticipándose a Adam Smith, expone la ventaja que poseen las ciudades grandes sobre las pequeñas en cuanto a las oportunidades para especializarse en las actividades mercantiles mediante la división del trabajo. Y en otra de sus obras, el *Tratado sobre las rentas: Orientaciones para la organización de la hacienda pública en Atenas*,<sup>12</sup> considera las fuentes de la relativa prosperidad de la ciudad y las formas de aumentarla. Atribuye dicha prosperidad a la excelencia del entorno agrícola (algo que le costaría creer al visitante actual) y sostiene que la misma podría incrementarse otorgando hospitalidad y privilegios a los mercaderes y marinos extranjeros, sin excluir a los espartanos (su mujer lo era); prestando la debida atención a las obras públicas; enviando el mayor número posible de trabajadores a las minas de plata, que a su criterio eran uno de los principales componentes de lo que hoy llamaríamos la balanza de pagos de Atenas, y, por encima de todo, conservando la paz. Para Jenofonte, en los términos más paladinos, la guerra representa toda la diferencia entre la prosperidad y la catástrofe: «Pues sin duda los más prósperos son aquellos estados que permanecen en paz desde hace más tiempo, y de todos, Atenas es el mejor dotado por la naturaleza para florecer durante la paz.»<sup>13</sup> Es, por cierto, motivo de preocupación que sólo rara vez, en los dos mil quinientos años siguientes, se hayan ocupado los economistas de los costes económicos de la guerra y de los beneficios de la paz ni adoptado al respecto una actitud enérgica en tanto que profesionales. Aún no es demasiado tarde.

Una cuestión final, suscitada por los griegos, de impresionante pertinencia para nuestro tiempo, es la relativa a la principal fuerza organizadora y motivadora de la economía; a saber, en términos quizá demasiado bruscos, si se trata del interés propio o bien del comunismo.

El origen de este dilema reside en la presumida o sospechada adhesión al comunismo del gran filósofo griego Platón (c. 428-348 a.C.). Éste concibió un Estado que surgía esencialmente bajo la forma de una entidad económica, a saber, un conjunto de las diversas ocupaciones y profesiones necesarias para una vida civilizada. Pero al frente del gobierno, como guías y protectores del Es-

tado, figuran los custodios, quienes llevan una vida de renuncia ascética y no tienen derecho a poseer más bienes que los indispensables, hallándose sus ingresos limitados a lo rigurosamente necesario. «Pero en el momento que ellos tengan tierras, casas y caudales propios, en vez de defensores se convertirán en mayordomos y labradores; y en vez de auxiliares del Estado, en enemigos y tiranos de sus compatriotas.»<sup>14</sup> Puede haber libre empresa en la base, pero el poder debe estar en manos de los de arriba, que profesan una pura ética comunista.

La inclinación de Platón hacia el comunismo, por parcial que fuera, ha causado no poca preocupación a los historiadores más susceptibles entre quienes se ocuparon del asunto. Es penoso recordar que una figura de proporciones tan universales, si hubiera sobrevivido, habría podido ser objeto de vigilancia por parte del FBI y de denuncia por parte del malogrado senador Joseph R. McCarthy. El profesor Alexander Gray, conservador acérrimo,<sup>15</sup> se desvive por explicar que el Estado de Platón es el comunismo de un grupo limitado, el comunismo del campamento militar; que está lejísimo de tender (como otros han manifestado) a la revuelta o a los conceptos de la igualdad social, económica y política. Al contrario, establece una tajante división entre gobernantes y gobernados, entre elegidos y condenados; en fin, nada de verdaderas tendencias comunistas. Pero ya bastaba para tranquilizarse con la actitud asumida anteriormente por el más famoso discípulo de Platón, Aristóteles, quien se había declarado inequívocamente favorable a la propiedad y al interés personal. «¡Cuán inconmensurablemente mayor es el placer, cuando el hombre siente que algo le pertenece, porque el amor propio es un sentimiento inculcado por la naturaleza, y no en vano... Si todo se poseyera en común, nadie podría ya dar ejemplo de generosidad ni desplegar liberalidad alguna, pues la liberalidad consiste en el uso que se hace de la propiedad.»<sup>16</sup>

Según se ha observado suficientemente, fue el juicio ético, y no la árida exposición de los temas económicos, lo que motivó a Aristó-

12. En *Early Economic Thought*, págs. 33-49.

13. Jenofonte, *Tratado sobre las rentas: Orientaciones para la organización de la hacienda pública en Atenas*, en *Early Economic Thought*, págs. 46-47.

14. Platón, *La República*, traducción de José Tomás y García (Madrid, Luis Navarro, editor, 1886), Tomo 1, pág. 195. Citado en Gray, pág. 19.

15. Véase la nota 3 en este capítulo.

16. Aristóteles, *Política*, Libro II, en *Early Economic Thought*, pág. 25.

teles y a los demás grandes mentores de los griegos. Pero ya advertimos una tendencia que se reiterará a lo largo de toda la historia de la disciplina, y que es de principal importancia para su comprensión: tocante a la esclavitud, a la condición de la mujer y al interés público frente al interés personal, los juicios éticos muestran una fuerte tendencia a adecuarse a lo que a los ciudadanos influyentes les resulta agradable creer, reflejando de ese modo lo que en otra obra he denominado la Virtud Social Conveniente.<sup>17</sup> Durante los dos milenios y medio transcurridos desde aquella época, veremos a los economistas articulando la Virtud Social Conveniente ante el aplauso general. Pero también daremos con algunos que, impulsados por una fuerte dialéctica mental, expresan lo contrario y desafían aquello que a los privilegiados, acomodados e influyentes les parece cómodo creer. Sólo así puede entenderse plenamente el debate económico.

Quienes han escrito sobre la historia de las ideas económicas coinciden en que la contribución romana fue mínima y hasta insignificante. Continuaron cantando loores a la agricultura para acabar entonando un himno triunfal. A ello sumaron múltiples sugerencias sobre métodos y administración agrícola, pero siempre, bien entendido, refiriéndose a la unidad de explotación autosuficiente y no a una empresa comercial. Se plantearon algunas dudas sobre la eficacia de la esclavitud; por ejemplo, Plinio (c. 23-79 d.C.) observó que «el peor sistema de todos es hacer labrar la tierra por esclavos recién salidos del correccional, como sucede con todo trabajo confiado a hombres que viven sin esperanzas».<sup>18</sup> En el bajo imperio, cuando las fincas habían llegado a adquirir enorme extensión, a la gente le preocupó la desaparición del pequeño campesino y la aparición de los grandes latifundios. Ésta es otra de las preocupaciones que han sobrevivido: «Pase lo que pase, debemos salvaguardar la finca familiar.»

Y sin embargo, hubo una importante contribución romana que por trascender los límites tradicionales de la doctrina económica ha escapado a los debates más convencionales en la materia. Se trata del Derecho romano y su papel en la propiedad privada.

La institución de la propiedad privada se remonta a la prehistoria; en las más primitivas comunidades tribales, los varones pro-

clamaban como cosa propia armas, herramientas y mujeres. La propiedad personal está aceptada en todas las sociedades, incluido el mundo socialista; las posesiones son en todas partes un aspecto de la misma personalidad. Pero fue el Derecho romano el que otorgó a la propiedad su identidad formal y a su poseedor el *dominium*, es decir, los derechos que hoy se dan por supuestos. Estos derechos eran sumamente amplios: abarcaban no sólo el uso y el disfrute, sino también el mal uso y el abuso. A partir de entonces, toda intromisión ajena, incluida la del Estado, no podría legitimarse sin alegar alguna justificación.

Ninguna institución del mundo no socialista ha podido rivalizar con la propiedad privada en cuanto a importancia, utilización y afán de llegar a ella; a la vez, ninguna otra institución ha sido tan fértil como generadora de discordia social, económica o política. Los conservadores, en la economía no socialista, proclaman con irreflexiva elocuencia «los derechos de la propiedad privada», mientras que los de la izquierda social (liberales, en la jerga norteamericana) alegan en forma contenciosa pero a la vez cauta los intereses superiores del Estado o de la colectividad. Y la cuestión de la propiedad pública o privada de los medios de producción marca la gran diferencia entre los mundos capitalista y socialista. De modo que aunque la aportación teórica romana haya sido escasa, no por ello dejó el genio romano de identificar y dar forma a la institución que, más que cualquier otra, constituiría el punto de mira de las aspiraciones personales, del desarrollo económico y del conflicto político en los siglos siguientes.

17. En *Economics and the Public Purpose* (Boston, Houghton Mifflin, 1973).

18. Plinio, *Historia Natural*, citado en Gray, pág. 37.